

Raquel Gutiérrez Sebastián, José María Ferri Coll y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), *Historia de la literatura ilustrada española del siglo XIX*, Santander-Santiago de Compostela, Editorial de la Universidad de Cantabria-Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2019, 573 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.LV-LIX>

Se ha publicado después de unos años de espera, y con la intervención de numerosos investigadores, esta historia de la literatura española ilustrada del siglo XIX. A la narrativa se dedican doce estudios; al costumbrismo, cuatro trabajos; al teatro y a la poesía, uno en cada caso; a la prensa, tres trabajos; y a otras formas literarias, nueve trabajos. El libro inicia con una introducción, titulada “Historia de la literatura ilustrada del siglo XIX”, a cargo de Leonardo Romero Tobar, que informa sobre el objetivo central del presente volumen, explicar “cómo se relacionan los textos y las ilustraciones y en qué medida esa relación estuvo condicionada por la comunicación previa del escritor y del artista gráfico.” (p. 19). La diversidad de autores, ilustradores, géneros y modalidades discursivas de este libro lo convierten en un proyecto historiográfico y crítico profundo y exhaustivo.

Como sabemos, la literatura del siglo XIX en formato libro fue, sobre todo, una literatura ilustrada, condición que perdió en el siglo XX. Esto constituye una aparente paradoja. En una sociedad directamente vinculada a una cultura de masas audiovisual, la literatura escrita perdió su potestad, en gran parte, de mostrar imágenes figurativas. Creo que esta situación estriba en el hecho de que, con el surgimiento de la televisión y del cine, la cultura de masas estableció un pacto implícito fundamentado en la siguiente regla: la literatura solo debía circunscribirse a la semiótica verbal, mientras que el cine, la televisión y el cómic deberían ocuparse de la semiótica icónica (con la palabra como práctica subsidiaria). A lo largo del siglo XX se perdió de vista el hecho de que la literatura del siglo XIX estuvo, en gran parte, vinculada a la imagen, sobre todo la figurativa, a través de la modalidad de la ilustración del discurso verbal.

La sección dedicada a la narrativa del presente libro ocupa doce estudios. En el primero, Montserrat Rubio analiza la relación entre texto e imagen en la primera edición, en formato libro, de *El señor de Bembibre*, de Enrique Gil

y Carrasco, cuyas ilustraciones aparecieron en la primera edición en libro, de 1844. Esta investigadora señala que las divergencias existentes entre la novela y las ilustraciones —a partir de la lámina undécima— proceden del afán editorial de despertar el interés de la instancia lectora mediante los temas fantásticos y sentimental. Juan Molina Porras analiza, por su parte, las ilustraciones de las novelas *Juanita la Larga* (1895) y *Pepita Jiménez* (1874), de Juan Valera. El autor del artículo destaca la dificultad de ilustrar la primera novela (7 dibujos), a raíz de la complejidad de la psicología de sus personajes; por su parte, la segunda novela cuenta con más ilustraciones (90 dibujos) que la primera y muestra una mayor diversidad de centros de interés (escenas, personajes, objetos; paisaje urbano y natural...). El artículo finaliza con el análisis de las ilustraciones de sus colecciones de cuentos *La buena fama* y *El hechicero*.

Raquel Gutiérrez Sebastián analiza exhaustivamente las obras ilustradas de José María Pereda. El escritor cántabro, en la primera edición de *El sabor de la tierra* (1882), trabajó en estrecha colaboración con Apel.les Mestres, quien produjo ilustraciones de estética historicista, a caballo entre el Romanticismo y el *Art Nouveau*. También analiza las ilustraciones de *Tipos trashumantes* (1987), con grabados de Mariano Pedrero, que contribuirían, a la larga, a difundir el imaginario montañés del escritor santanderino. Asimismo, esta investigadora también estudia dos novelas ilustradas de Armando Palacio Valdés, *María y Marta* (1886), ilustrada por José Luis Pellicer, y *La espuma* (1890), visualizada por José Cuchy y por M. Alcázar. Gutiérrez Esteban también se interesa por los icono-textos en la obra de Jacinto Octavio Picón, entre las que destacan las ilustraciones de *La honrada* (1890), realizadas por José Luis Pellicer. Ángeles Quesada, a su vez, demuestra que Benito Pérez Galdós concedió una gran importancia al libro ilustrado y estudia el programa de ilustraciones en los *Episodios Nacionales*, *Doña Perfecta*, *Misericordia* y el cuento “Celín”. Arturo y Enrique Mérida, Arcadi Mas y Fontdevila y Rafael Hidalgo de Caviedes fueron los más relevantes ilustradores de Galdós. Esta última investigadora también analiza la obra ilustrada de Leopoldo Alas (Clarín), quien después de una inicial actitud desdeñosa hacia la ilustración de libros, promovió su incorporación en sus proyectos editoriales. Destacan, al respecto, las ilustraciones de Juan Llimona y de Francisco Gómez Soler para *La Regenta* (1884-1885). La parte final su artículo se dedica a las ilustraciones de los cuentos que publicó para *Madrid cómico* entre 1894 y 1896, así como a las ilustraciones para los cuentos aparecidos en el semanario *Apuntes*, entre 1896 y 1897, y las realizadas para *Solos*, su recopilación de artículos de crítica literaria. De

Emilia Pardo Bazán, la investigadora Ángeles Quesada Novás analiza exhaustivamente su colaboración con ilustradores como Marcelo Obiols Delgado, José Cabrinety, Mariano Pedrero, J. Pueyo y Ángel Díaz Huertas, que se ocuparon de cuentos como “Un diplomático”, “Fuego a bordo”, “El áncora”, “Allende la verdad”, “La gota de sangre” o “Arrastrado”.

Los últimos tres artículos de esta primera parte se dedican a tres distintos géneros, los dos primeros a la literatura fantástica y la ciencia ficción, ambos a cargo de Juan Molina Porras, y el último a la novela histórica, a cargo de Borja Rodríguez. Porras analiza las ilustraciones de antologías de relatos breves fantásticos, como la conocida *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* (1831), de Agustín Pérez Zaragoza, la *Miscelánea literaria: Cuentos, artículos, relaciones y versos* (1886), de Gaspar Núñez de Arce, o las *Locuras humanas*, de Justo Sanjurjo y López de Gomara. Este investigador, al analizar la ciencia ficción en el siglo XIX, destaca el caso de *El Anacronópete* (1887), texto fundador de este género en España, y uno de los primeros en Europa, con grabados de Francisco Gómez Soler. Por su parte, Borja Rodríguez analiza *La leyenda del rey Bermejo* (1890), de Rodrigo Amador de los Ríos, cuyo autor gráfico es Isidro Gil y Gabilondo. Rodríguez considera que ambos, escritor e ilustrador, deben considerarse como coautores de esta novela histórica.

Cuatro artículos se dedican al costumbrismo, el primero firmado por Enrique Rubio Cremades y los tres restantes por Borja Rodríguez. El primer estudio explica la participación de distintos dibujantes en las ediciones ilustradas en vida de Mesonero Romanos, recordando que fue decisión consciente de este escritor incorporar la imagen, desde un inicio, en su proyecto editorial periodístico. Se hace un recorrido por la autoría de las ilustraciones aparecidas en el *Panorama Matritense* y en las *Escenas Matritenses*. El segundo trabajo, por su parte, se encarga de indagar en el contenido visual de las ediciones de los artículos costumbristas de Larra publicadas a finales del siglo XIX. Como sabemos, Larra diseñó sus artículos sin imágenes, más que todo debido al hecho de que era un proyecto todavía naciente en el mundo cultural en el que publicó sus textos. A finales de siglo, y a raíz de la mitificación de este escritor, los editores ilustraron sus artículos con retratos de Larra, en lugar de visualizar escenas y personajes. El tercer trabajo está dedicado a las *Escenas andaluzas*, de Serafín Estébanez Calderón. Contra la creencia generalizada, apuntalada por críticos que no han analizado la obra del escritor andaluz con detenimiento, Borja Rodríguez, como ya hizo en una anterior ocasión, demuestra que el género del ‘cuadro costumbrista’ es minoritario en esta obra y que más bien constituye una miscelánea de textos

cortos, ilustrados por Francisco Lemeyer, quien tampoco realiza una interpretación costumbrista, sino que procede a individualizar en sus grabados a los personajes de la colección de las *Escenas*. Borja Rodríguez, por último, analiza también las ilustraciones de *Los españoles pintados por sí mismos*.

La sección centrada en el teatro cuenta con un solo artículo. Montserrat Ribao se acerca a las ilustraciones de las ediciones de textos teatrales en el siglo XIX, incorporación que responde a una motivación económica y a una motivación erudita. Se canaliza a través de tres tipos de libro: las colecciones, las obras de un solo autor y la edición suelta de piezas teatrales.

La sección dedicada a la poesía cuenta con un único artículo, firmado por José María Ferri Coll, quien se ocupa de algunos casos de poemas y poemarios ilustrados. Nos referimos a “La canción del pirata”, “El diablo mundo” y “El estudiante de Salamanca”, de Espronceda; y a los “Cantos del Trovador”, de José Zorrilla, entre otros.

La sección centrada en la prensa cuenta con tres estudios. El primer artículo, de Marta Palenque, realiza un recorrido amplio y detenido por la historia de ilustración y de la lectura en la prensa española del siglo XIX. Borja Rodríguez analiza la prensa romántica ilustrada (*El Artista*, *Semanario Pintoresco Español*, *El Laberinto*), con todas las modalidades de imbricación de imagen y texto que fomentó, mientras que Marta Palenque emprende un análisis de la imagen en la revista *Blanco y Negro*, durante el periodo 1891-1900.

La última sección, de carácter misceláneo, se dedica a otros géneros o circuitos literarios: libros de viajes, almanaques, libros de lujo, crónicas de guerra, estampas y aleluyas, cromos y postales, literatura infantil y literatura pedagógica, entre otros. Esta es la sección más innovadora, al ocuparse de géneros para-literarios que la crítica tradicionalmente ha descuidado. Jean-François Botrel analiza la función de la imagen en un sinfín de formas literarias breves y géneros como las relaciones de sucesos, las relaciones de comedias, las historias de cordel, los monos o caricaturas, la estampa tradicional, los pliegos de aleluyas, las viñetas ilustradas de las cajas de cerillas, las novelas por entregas, el libro con fotografías o la literatura erótica. Por su parte, Raquel Gutiérrez analiza *España artística y monumental*, de Patricio de la Escosura, entre el ensayo sobre el patrimonio monumental, el tratado histórico y el libro de viajes, ilustrado por Jenaro Pérez Villamil. La investigadora santanderina también se interesa por el género del almanaque (*Almanaque de la Iberia*) y los llamados ‘libros de lujo’, como el conocido *Los meses* (1889), en el que participaron importantes escritores e ilustradores de la época. Montserrat Ribao estudia *Recuerdos de la Guerra de África*, de

Gaspar Núñez de Arce, cuya edición de 1866 está ilustrada por Fernando Xumetra, quien se dedica, sobre todo, a visualizar momentos bélicos. Borja Rodríguez analiza el personaje de Atala en el género de la estampa, así como el de las aleluyas. Marta Palenque se enfoca en las tarjetas postales *fin-de-siglo* y en las cromolitografías, géneros que ilustran extractos de famosas obras literarias. Monserrat Ribao, a su vez, se ocupa de la iconografía de Don Juan Tenorio en aleluyas y pliegos de romance. Entre la ingente literatura infantil de la segunda mitad del siglo XIX, Juan Molina se interesa por *El libro de los niños*, de Francisco Martínez de la Rosa, por los *Cuentos fantástico-morales* (1874), de Manuel Jorroto y Paniagua, y después de su aparición en prensa, ya en formato de libro, por los *Cuentos vivos* (1882), de Apelles Mestres. Por último, Borja Rodríguez se ocupa de un importantísimo proyecto editorial de libros ilustrados de la década de 1880, tan importante que se alude a él en otros artículos del presente volumen: la *Biblioteca Artes y Letras* y sus respectivas series.

En estos tiempos es una empresa prácticamente imposible redactar a título individual una historia literaria, es decir, contar con un investigador que disfrute de una visión lo suficientemente panorámica y crítica como para elaborar individualmente una historia de la literatura, incluso como la que tenemos a mano, centrada en un siglo (el XIX) y en una modalidad discursiva intersemiótica (la literatura ilustrada). El trabajo de los tres editores del presente volumen, al organizar los artículos recopilados —y al firmar muchos de estos últimos—, suple con suficiente calidad lo que hubiera realizado un investigador a título individual. Los organizadores del presente volumen, además, han tenido la sabiduría de encargar el análisis de la interacción imagen-texto en algunos géneros estudiados a reconocidos especialistas.

DORDE CUVARDIC GARCÍA

Universidad de Costa Rica (Costa Rica)

[dcuvardic@yahoo.es](mailto:dcuvardic@yahoo.es); [dorde.cuvardic@ucr.ac.cr](mailto:dorde.cuvardic@ucr.ac.cr)